

Mosto, Marisa

*Evidencias del amor: Fiodor Dostoievski y Pavel
Florenski*

VI Congreso Internacional de Literatura, Estética y Teología
“El amado en el amante : figuras, textos y estilos del amor hecho historia”
Facultad de Filosofía y Letras y Facultad de Teología – UCA
Asociación Latinoamericana de Literatura y Teología

Este documento está disponible en la Biblioteca Digital de la Universidad Católica Argentina, repositorio institucional desarrollado por la Biblioteca Central “San Benito Abad”. Su objetivo es difundir y preservar la producción intelectual de la Institución.

La Biblioteca posee la autorización del autor para su divulgación en línea.

Cómo citar el documento:

Mosto, Marisa. “Evidencias del amor : Fiodor Dostoievski y Pavel Florenski” [en línea]. Congreso Internacional de Literatura, Estética y Teología “El amado en el amante : figuras, textos y estilos del amor hecho historia”, VI, 17-19 mayo 2016. Universidad Católica Argentina. Facultad de Filosofía y Letras. Facultad de Teología ; Asociación Latinoamericana de Literatura y Teología, Buenos Aires. Disponible en:
<http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/ponencias/evidencias-amor-dostoievski-florenski.pdf> [Fecha de consulta:]

Evidencias del amor: Fiodor Dostoievski y Pavel Florenski

Por Marisa Mosto (UCA)

1. Fiodor Dostoievski. El amor y la fe o la fe en el amor.

“-¿Cree usted en Dios, o no cree?”, interpela sin pudor, incisivamente, revolviendo su dedo en la llaga con violencia, torturando una vez más la conciencia de Shátov, el diabólico Stavroguín en la novela *Demonios* de Dostoievski. El bueno de Shátov se turba y comienza a dar vueltas con su respuesta: “-Creo en Rusia, creo en su ortodoxia... Creo en el cuerpo de Cristo... Creo que un nuevo advenimiento tendrá lugar en Rusia... Creo...-balbució fuera de sí Shátov.” Pero Stravoguín lo apura e insiste: “-¿En Dios? ¿En Dios?” A lo que Shatov termina por responder triste y enigmático, derrotado pero sin traicionar a la verdad: “- Yo... creeré en Dios.”(Dostoievski, *Demonios*, 216)

¿De qué dependerá entonces su fe? Nos preguntamos perplejos inmediatamente los lectores. Para hallar un camino de respuesta a esta pregunta recurrimos a una novela anterior de Dostoievski: *El idiota*. Promediando esa novela Parfen Rogochín invita a su protagonista, el príncipe Mishkin, a su casa. A poco de entrar Mishkin se detiene frente a la reproducción del *Descendimiento de Cristo*, una obra del pintor alemán Hans Holbein. Anna, la segunda mujer de Dostoievski, nos relata en sus recuerdos el impacto que había producido esta obra en el alma del escritor:

“De paso para Ginebra, nos detuvimos un día en Basilea para ver en el museo un cuadro del que mi marido había oído hablar. Ese cuadro, obra de Juan Holbein, representa a Jesús que ha sufrido torturas inhumanas, y ya ha descendido de la cruz, empieza a descomponerse. Tiene el tumefacto rostro cuajado de heridas

sangrientas, repugna mirarlo. El cuadro le hizo a Fiodor una impresión deprimente y quedóse plantado delante de él como paralizado. Esa impresión se refleja en la novela *El idiota*. Yo no tuve valor para mirar el cuadro... me dijo que aquel cuadro podía hacerle a un hombre perder la fe.” (Grigorievna, 1096)



Holbein, Hans *Cristo muerto*. 1521. Óleo sobre tabla. 30,5 × 200 cm.
Museo de Bellas Artes de Basilea.

Es en aquel preciso momento, luego de haber contemplado esa imagen *capaz de hacer perder la fe a un hombre*, cuando Rogochin le formula a Mishkin la misma pregunta que Stavroguín le realiza Shátov: “-¿Tú crees en Dios?” (Dostoievski, *El idiota*, 264)

Mishkin también responde mediante un extraño y significativo rodeo. Primero le cuenta dos historias -que sabemos otra vez por Anna, son dos historias reales (1991, 1096). La primera cuyo proceso judicial Dostoievski había seguido atentamente en los diarios:

“Dos campesinos, viejos amigos de toda la vida, hombres de mediana edad, habían cenado y tomado una habitación para pasar la noche. Uno de ellos vio que el otro llevaba un reloj de plata colgando de una cadena de cuentas amarillas, que no le conocía. Ten en cuenta, Parfen, que el hombre ni estaba borracho, ni era un ladrón. Se trataba de un hombre honrado, de un campesino acomodado. Pero aquel reloj le gustó tanto, lo deseó de tal manera, que no pudo contenerse. Sacó la navaja, y cuando su amigo le volvió la espalda tomo aliento, se acercó a él muy despacito, levantó los ojos al cielo, se santiguó y rogó con toda su alma: «¡Oh Dios, perdóname en nombre de Cristo!» Luego degolló a su amigo de un solo golpe, como a un cordero, y le quitó el reloj.” (Dostoievski, *El idiota*, 265)

La segunda historia fue protagonizada por el mismo Dostoievski y ahora es puesta en boca de Mishkin: cierto día en la calle, un soldado borracho y sucio creyendo engañarlo le vendió una cruz bizantina de estaño haciéndola pasar por plata, por 20 copecks.

“En seguida me puse la cruz y pude ver en su rostro lo contento que se quedaba creyendo haber engañado a un caballero tonto; se fue inmediatamente a gastarse en bebida el precio de la cruz. (...) Me dije que no debía condenar tan rápidamente a aquel hombre por vender a Cristo. Sólo Dios sabe lo que encierran estos corazones tan débiles de los borrachos.” (Dostoievski, *El idiota*, 266)

Dos historias en las que el hombre miserable, débil, pecador, se toma muchas *libertades* de cara a su Dios: asesina pidiéndole perdón, o lo vende con mentiras para conseguir dinero a fin de emborracharse. Para terminar Mishkin relata otro hecho que a sus ojos encarna la *idea fundamental* del cristianismo, mediante el que propone una cierta explicación de la fe:

(...) “me topé con una campesina que llevaba en brazos a un niño de pocas semanas. La mujer era muy joven. De repente miró al niño con embeleso y se santiguó con mucha devoción. Yo que siempre ando preguntando, le dije que por qué hacía eso: «Porque mi niño acaba de sonreírme por primera vez, y mi alegría es tan grande como la de Dios cuando un pecador se arrodilla ante Él y reza con todo su corazón.» Eso fue lo que me dijo la campesina: un pensamiento profundo, sutil, verdaderamente religioso, en el cual está expresada toda la esencia del cristianismo, es decir todo el concepto de Dios como padre nuestro, y la alegría de Dios por sus creaturas, como un padre por sus hijos. La idea fundamental del cristianismo, expresada por una humilde campesina. Ciertamente que era una madre también y, quien sabe, quizás la mujer del soldado. Ya ves, Parfen, me has hecho una pregunta y esta es mi respuesta. La esencia del sentimiento religioso no tiene nada que ver con el raciocinio; ninguna falta, ningún crimen, ninguna forma de ateísmo demuestran nada contra este sentimiento, en el cual hay y habrá siempre algo de inaccesible a todas las argumentaciones de los ateos.” (Dostoievski, *El idiota*, 266-267)

Ser creyente es para Dostoievski, vivir en la confianza del amor del Padre más allá de la debilidad y falibilidad de nuestra condición. La campesina rusa, icono de ese amor, icono de la filantropía divina, es lo opuesto a la imagen de Holbein, del Hijo abandonado en manos de la muerte. El amor esparce una cálida luminosidad que avanza sobre la fría

oscuridad del pecado y de la muerte y fragua la esperanza en el triunfo del Reino de la Vida.¹

El creyente *sabe*, confía en que el amor del Padre, nunca abandonará la obra de sus manos. La mirada de amor incondicional del Padre en la contemplación de su criatura, es el *espejo* en el que el hombre encuentra la plena justificación de su existencia. Dios, Padre amoroso y compasivo sostiene a sus hijos en su Amor creador y redentor, “un amor que [re]nace ante la belleza caída en la perdición” (Guardini, 275). De ahí que la compasión sea la esencia del cristianismo para Dostoievski (Cfr. Geir Kjetsaa, 228). Luego el amor compasivo de un hombre hacia otro hombre *es el modo de amor con que Dios ama al hombre*. Ser religioso es vivir en la órbita de ese amor: recibirlo, sostenerlo, responderle, irradiarlo. Y tal idea es la que actúa el personaje del príncipe Mishkin a lo largo de toda la novela, incluso hasta la locura.²

2. Pavel Florenski. El amor es la verdad en la que se reúnen los dos mundos

Encontramos cierta sintonía con estas nociones en la obra del científico, filósofo y teólogo ruso, Pavel Florenski, *La columna y el fundamento de la verdad*, especialmente en la Carta cuarta, titulada: La Luz de la Verdad. Veníamos hablando del Amor y su vinculación con la confianza, la Vida o la Existencia y ahora aparece ante nosotros este título: “La Luz de la Verdad”. ¿Cómo se relacionan el Amor y la Verdad? Y es que para Florenski son una y la misma cosa, el Amor, la Verdad, la Existencia e incluso... la Belleza.

Florenski comulga en esto con una de las características esenciales del pensamiento ruso: el ontologismo (Zenkovsky, 4 y ss). La «Verdad» para el alma rusa no remite en primer lugar a algo que tenga relación con el *conocer*, sino a lo que *verdaderamente existe*. La verdad (*istina*) es “«la existencia que permanece», «lo viviente», «el ser

¹ De ahí que en los iconos rusos, aún en el de la Crucifixión, el acento esté puesto en la certeza del triunfo del Resucitado. (Evdokimov, *El icono*, 309 y ss)

² Geir Kjetsaa, vincula al personaje de Mishkin con los *jurodivi*, los locos en Cristo, figura frecuente en la religiosidad rusa (225- 226)

vivo», «el que respira», es decir, que posee la condición esencial de la vida y la existencia. La verdad en cuanto ser vivo por excelencia: tal es su comprensión en el pueblo ruso.” (Florenski, 49)

Para alcanzar una cierta *intuición* de este tejido de ideas, podríamos remitirnos a lo que en la filosofía clásica occidental denominamos con el nombre trascendental *verdad*, pero tratando de captarlo mediante una contemplación que incluya en una experiencia integral, la Raíz metafísica que lo sustenta, por la que se *convierte* con los demás trascendentales. Contemplar los seres como provenientes de la Vida, a la vez de la Sabiduría y el Amor divino, savia que mantiene *lo que es* (incluso al que contempla) en la existencia. Lo existente es simultáneamente lo verdadero y lo amado por Dios. “Y este amor manifestado hacia lo creado es contemplado objetivamente como belleza. [...] Aquello que causa alegría [¡Recordad aquí a la campesina rusa!] es llamado *belleza*; el amor como objeto de contemplación es *belleza*.” (Florenski, 101) Hay una íntima relación entre el amor, la verdad y la belleza. La verdad (*istina*) es el amor manifestado y contemplado como belleza. El *verdadero* conocimiento de lo existente entra en la órbita de la dialéctica del amado en el amante porque nada escapa a esta órbita, o también: lo que escapa a esta órbita ¿es? la nada. “Hay una directa dependencia entre el conocimiento y el amor a lo creado. El centro de irradiación de ambos es mi permanencia en Dios y Dios en mí.” (Florenski, 102)

Si Dios es Amor (1 Jn 4, 8.16), el amor entre los hombres no sólo nos permite *conocer* en cierta manera a Dios sino también *realizar* algún modo de *theosis*, en dirección al cumplimiento de la vocación del hombre: entrar en comunión con la Vida divina.

“El amor al hermano es una *manifestación* a otro, el *traspaso* a otro, como un *influjo* sobre él, de aquella entrada en la vida divina que en el mismo sujeto que accede a la comunión con Dios es percibida como conocimiento de la Verdad. ... En *el otro*, por medio del propio abajamiento, la forma o imagen de mi ser encuentra su «redención», es rescatada del poder de la autoafirmación pecaminosa, es liberada del pecado de la existencia solipsista ... El amor es el

«sí» que el Yo se pronuncia a sí mismo. ... Es el amor el que reúne los dos mundos: «El hecho de que aquí se esconda un misterio es lo que constituye su grandeza: la imagen transitoria de la tierra y la Verdad eterna se han abrazado mutuamente en él.» (Zózima, *Los hermanos Karamazov*). “(Florenski, 108)

El pensamiento de Florenski representa una explicitación filosófica y teológica de las figuras literarias de Dostoievski. Nuestra existencia es testimonio del amor de Dios y amando a los demás nos volvemos a la vez en mediadores de su amor:

“Amar al Dios invisible significa descubrir pasivamente ante Él el propio corazón y esperar Su revelación activa, para que la energía del amor divino descienda al corazón: «La causa del amor a Dios es Dios –Causa diligendi Deum Deus est», dice Bernardo de Claraval. Por el contrario, amar a una criatura visible significa permitir a la energía divina recibida manifestarse atravesando al que la recibe, irradiando hacia fuera y a su alrededor,... Es la obra de la fuerza de Dios. Amando, amamos por Dios y en Dios.” (Florenski, 102)

El amor para Florenski no se reduce a un acto psicológico (101), sino que implica principalmente una explosiva eficiencia ontológica, no sólo en la creación y la redención divinas, sino también en el amor humano confirmador de la creación y la redención en su mediación para la construcción del Reino

“El que ama ha pasado de la muerte a la vida, del reino de este siglo al Reino de Dios. Se ha hecho «partícipe de la naturaleza divina *theías koinonós phýseōs* » (2, Pe 1, 4). Ha emergido en el nuevo mundo de la Verdad, donde puede crecer y desarrollarse; en él permanece el germen de Dios, el germen de la vida divina (1 Jn 3, 9), la semilla de la Verdad misma y del conocimiento auténtico.” (2010, 102)

3) Dostoievski: Stepán Trofimovich y el argumento *agápico* de la existencia de Dios

Hacia el final de *Demonios*, asistimos a la conversión espiritual del intelectual Stepán Trofimovich. Arrepentido de su irresponsable divulgación del nihilismo con el que contaminara las mentes de una generación de jóvenes revolucionarios quienes tradujeron sus enseñanzas en violencia, Stepán interpreta proféticamente los versículos de san Lucas 8, 32 y ss que sirvieron de epígrafe a la novela. El endemoniado sanado por Jesús, cuyos demonios se arrojaron con una pira de cerdos desde un barranco,

simboliza a Rusia que vuelve a cobijarse junto los pies de Cristo. Stepán, débil, arrepentido, vulnerable, próximo a morir, encarna en sí mismo el cumplimiento de esa profecía, se enternece frente a ese Amor que sabe cuidará paternalmente a su amada Rusia, se doblega frente Él y en medio de su delirio febril nos da a conocer su profesión de fe:

“Dios me es indispensable, porque es Él el único ser capaz de amar siempre (...) Mi inmortalidad es indispensable, aunque sólo fuera porque Dios no querrá cometer una injusticia y apagar del todo el fuego de amor que Él ya ha encendido en mi corazón. ¿Y qué más preciado que el amor? El amor es superior a la existencia; el amor es la corona de la vida, ¿y cómo es posible que la vida no le estuviese subordinada? Si yo le amaba a Él y me regocijaba con mi amor...¿es posible que Él me destruya a mí y mi alegría y nos reduzca a cero? ¡Si hay Dios, yo soy inmortal! *Voilà ma profession de foi!* (1984, 562)

Pavel Evdokimov denomina a este pasaje de la obra de Dostoievski, el argumento *agápico* de la existencia de Dios (2011, 246). El amor con que Stepán se experimenta amado y al que responde amando, es testimonio la existencia de Dios -“Dios está en nosotros, luego Él existe”, dice Vladímir Soloviov (213)- y a su vez el amor del Dios Vivo es garantía de la inmortalidad de Stepán: el Padre no traicionará ese amor, no lo abandonará en las manos de la muerte, no lo arrojará fuera de la órbita del amado y el amante. Para Dostoievski el amor tampoco representa un simple acto psicológico sino que se entretreje con la densidad de lo existente.

4) Finalmente Shátov «conoce» a Dios tal como lo describe Florenski

Es tiempo para cerrar nuestro trabajo, de volver a Shátov. La profecía de Shátov, su “creeré”, también termina por cumplirse y su cumplimiento se halla íntimamente ligado a una experiencia de amor. Hacia el final de la novela Shatov recibe la visita de su mujer, Masha. Masha lo había abandonado y traicionado con Stravoguin de quien llevaba en su vientre a un hijo a punto de nacer. No teniendo donde ir, acude como último recurso al honesto Shatov. Shatov la hospeda, la perdona, la asiste ardorosamente en su parto. Esa experiencia de amor compasivo, de tener parte en el milagro del nacimiento del niño, de ser de algún modo él también padre, le revela la Presencia de Dios:

“Era como un renacer. Shátov lloraba como un niño pequeño; hablaba Dios sabe qué cosas, impetuoso, pueril, inspirado, le besaba a ella las manos; ella le oía con embriaguez, aunque sin entenderle quizás; pero con su lánguida manecita le acariciaba, le alisaba los cabellos. Él le hablaba ..., de la nueva vida que iba a iniciar ahora, para ellos, *nueva y para siempre*, de la existencia de Dios, de que todos los seres son buenos. Entusiasmado otra vez, cogió el niño para verlo.” (Dostoievski, 1984, 505)

Retomando las ideas de Florenski: en Masha y el niño encontró Shátov la imagen de su *redención*, ese amor fue el *sí* que se dijo a sí mismo saliendo del solipsismo. Y quien tiene experiencia del éxtasis del amor que reúne los dos mundos, tiene alguna experiencia de Dios. Señala L’ Ubomír Zák comentando a Pavel Florenski:

“Gracias a esto, el amor aparece como una realidad *humano-divina*. Una realidad que «reúne los dos mundos». Y aquí radica su grandeza y su misterio: porque – para decirlo con F. M. Dostoievskij- en el amor «se tocan la imagen terrena transitoria y la Verdad eterna»” (Zák, 272)

Terminamos con unas palabras de Florenski tomadas del abba Thalassio (...): «Sólo el amor une a la creación con Dios y a unos con otros en la comunión de un mismo pensar» (379) y “junto con la plenitud de la integridad casta, aquella unión corresponde a la venida del Reino de Dios (es decir del Espíritu Santo) y a la espiritualización de toda la creación.” (377) El espiral de amor que describe el Amado en el amante y el Amante en el amado es lo que sostiene lo verdaderamente existente. Ajustarse a ese movimiento es ser parte de la figura de la Belleza que llama dando testimonio de la Vida.

Bibliografía

Dostoievski Fiódor Mijáilovich, *Demonios*. Trad. Rafael Cansinos Assens, Barcelona: Planeta, 1984. Impreso.

_____, Fiódor Mijáilovich, *El idiota*. Trad. de Gloria Martinengo, Barcelona: Juventud, 1977. Impreso.

Evdokimov, Paul, *Gogol et Dostoïevski ou la descente aux enfers*, France, Corlevour, 2011. Impreso.

_____, *El arte del icono: Teología de la belleza*. Trad. Laura García Gámiz, Madrid: Claretianas, 1991. Impreso.

Florenskij, Pavel, *La columna y el fundamento de la verdad*. Trad. Francisco José López Sáez, Salamanca: Sígueme, 2010. Impreso.

Griegirevna Anna “Observaciones de Anna Griegirevna a algunas obras de su marido” en *Obras Completas* de Dostoyevski. Trad. Rafael Cansinos Assens Madrid: Aguilar, Tomo IV, 1991 p. 1096. Impreso.

Guardini, Romano, *El universo religioso de Dostoyevski*, Trad. Alberto Luis Bixio, Bs.As: EMECE, 1954. Impreso.

Kjietsaa, Geir *Dostoyevski: La vida de un escritor*. Trad. Aníbal, Leal, Bs.As.: Javier Bergara, 1989. Impreso.

Soloviov, Vladímir, *La justificación del bien*. Trad. Francisco José López Sáez, Salamanca: Sígueme, 2012. Impreso

Zák, L' Ubomír, *Verità come ethos: La teodicea trinitaria de P. Florenskij*, Roma: Citta Nouva, 1998. Impreso.

Zenkovsky, B. *Historia de la filosofía rusa*. Trad. Julio Amellier, Bs. As.: EUDEBA, 1967. Impreso.